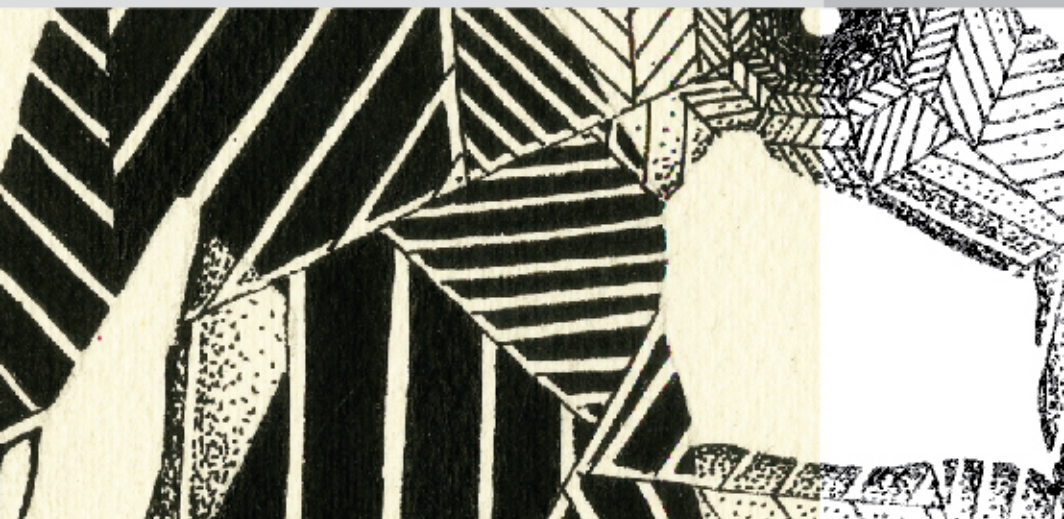
GOLPES de pala

Juan Calzadilla



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

SERIE
CONTEMPORÁNEOS
COLECCIÓN
POESÍA VENEZOLANA

Golpes de pala

COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA
CONTEMPORÁNEOS

República Bolivariana de Venezuela, Gobierno Bolivariano

MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA LA CULTURA

MISIÓN CULTURA
CORAZÓN ADENTRO

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

© Juan Calzadilla
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2016
Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas-Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Editorial perro rana

Diseño de colección
Emilio Gómez

Imágenes en texto y portada
Diana Roche
La obra maestra desaparecida 1, 2, 3 y 4 (1989)
Tinta china sobre cartulina

Diagramación
Mónica Piscitelli

Edición
Luis Lacave

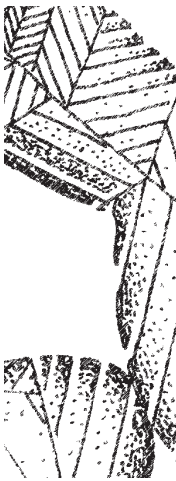
Corrección
Álvaro Trujillo

Hecho el Depósito de Ley
N° DC2016000425
Golpes de pala
ISBN 978-980-14-3538-9

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

200 1816-2016 PATRIOTAS UNIDOS SABEMOS VENCER

Golpes de pala



Juan Calzadilla

República Bolivariana de Venezuela, Gobierno Bolivariano

Una lectura a *Golpes de pala*

Al leer *Golpes de pala*, me cuesta volver a ver las cosas que siempre he visto, porque ya no sé si es que ellas son las mismas o si es que –como señala Juan Calzadilla en otro poema hablando de Rimbaud– *yo es otro*.

Qué baile su prosa, qué difícil seguirle el paso a la descarga de sentidos y contrasentidos y qué falta hace una biografía de su autor, porque quienes estamos cerca de su lumínica existencia y de su obra, nos llenamos de preguntas: ¿de dónde salió este hombre cuyo espíritu llanero, de la cepa de *Las lanzas coloradas*, viene a movernos el mundo como si su prosa fuera un terremoto? ¿Cómo hacemos para que el universo lea como él?

Este libro renueva mis votos con la poesía venezolana, y me pone a pensar en el *Bicéfalo*, en la copiosidad de su obra y el vendaval de letras, que me deja caótico.

Juan Calzadilla decía que ellos intentaban ponerle un marco a la ciudad, he visto que ha seguido con esa obsesión, y el marco, esta vez no es el de un cuadro sino el de unas ventanas sin fin a través de las cuales uno ve la ciudad y se aterra; vuelvo a Rimbaud en eso de sentar a la belleza en sus piernas y verla horrible, entonces sus textos en prosa como los poéticos son infinitas ventanas para ver esto que se supone hemos creado, la ciudad: la gran jaula.

Y esas ventanas-poemas funcionan como matrioskas al revés, porque de cada ventana se abre una más grande y la pregunta de lo que veo, de lo que creo, se reevalúa al paso de cada página, de cada marco, de cada ventana.

Entre la espada y la pared, la poesía de Calzadilla derriba la pared, con una espada que convierte a la pared en un muro de dos filos; ¿cómo hace eso? ¿Tiene un tipo de lentes que le concedió la Providencia, gracias a la abstracción

conseguida en el museo que es la vida misma? ¿Logra una córnea de otro animal ya extinto a través de la cual puede ver lo que todos tenemos al frente y jamás observamos?

Pienso en estos textos como una poesía kinética, en la cual la ciudad se viste de verdad, al ser desnudada por la prosa, cuyo sentido parece ser en esencia la búsqueda de un origen donde la vida sea más posible, y el concreto no sea, junto a la corbata, la soga que traemos al cuello.

Encontré también en *Golpes de pala* un discurso de completa guardia sobre el absurdo, y me enfrenté a la lectura sin escapar de la sensación de que algo de mí había en los poemas, digo algo de mis propias inquietudes, que son por supuesto las preocupaciones colectivas, que por serlo, nunca se asumen en plural y solo un espíritu como el de Juan Calzadilla nos regresa el espejo, para ver cómo nos erigimos, o cómo sucumbimos frente a él; de paso alguien que no soy yo –que no termino de serlo– me interroga por la lectura, por qué es lo que estoy leyendo, y no puedo más que pensar en el kilómetro anterior al kilómetro que vendrá, la repetición de un paisaje que como el río de Heráclito está cambiante en su forma de decir lo mismo.

He visto cada texto como una postal de un viaje, a veces imaginario, a veces inamovible y en otras el horroroso viaje de la cotidianidad humana, repetido en sus errores, en sus obras, y en un presente que además de parecer una burla del tiempo, es burla a su vez de cualquier pronóstico. Estas postales exigen una relectura constante, porque ellas mismas están reinterpretándolo todo, son, cómo no, un estallido de la realidad, frente a un ojo agotado de ver lo mismo –un ojo con presbicia–, salvo que en este caso, lo mismo ya no lo es.

Sería bonito ver estos *Golpes de pala*, en una edición fácil de cargar, como los salmos, de constante consulta, de esos libros que lleva uno en el bolsillo del flux, junto al corazón.

Es de paso una constante en la obra de Calzadilla –aunque suene paradójico– celebrar un ritual, el ritual de la desacralización. Este es un modelo de libro iconoclasta, como de alguna forma son sus poéticas, que de paso retoma en algunos temas aquí expuestos.

"Cuento de nunca acabar" recuerda mucho a Diógenes, quien ladra en los rincones del libro, como seguramente lo hace en su propio inconsciente. Recordé su frase cuando lo increparon por visitar los burdeles: "También el sol entra en los albañales y no se mancha".

Vi en el cuerpo general del libro algo que me gustó y me pareció aleccionador, y es que la narrativa obliga a la descripción, a ser protagonista de la acción y a establecer con el contexto un diálogo, a veces sin recibir respuestas, pero que convierte a la prosa en un monólogo cuyos matices ambientan y permiten al lector hacer parte de la acción.

"La nostalgia" es para mí el más bonito de todos los textos, por el juego, por la reconciliación con lo que nos hace resentir.

"Big Bang" cierra con tremenda frase: "somos los hijos de un disparo", la cual podría servir además como un segundo título de los *Golpes de pala*, pues funciona como imagen de ser balas perdidas en el tiroteo de la vida.

"La escalera y el deseo", a lo mejor por mi reciente lectura de los documentos de El Techo de la Ballena, me ha parecido un nuevo manifiesto, con las ideas de siempre, o como lo diría Lichtenberg: "Nuevas miradas a través de viejos agujeros".

"La provincia del hombre" tiene un guiño a Gonzalo Arango y su poema "Tu ombligo capital del mundo".

"No hay como cuando" sugiere esta futilidad necesaria de la vida y de la escritura que es nuestra forma de vivir. Es uno de los textos que más aprecio en el libro, ya le he señalado

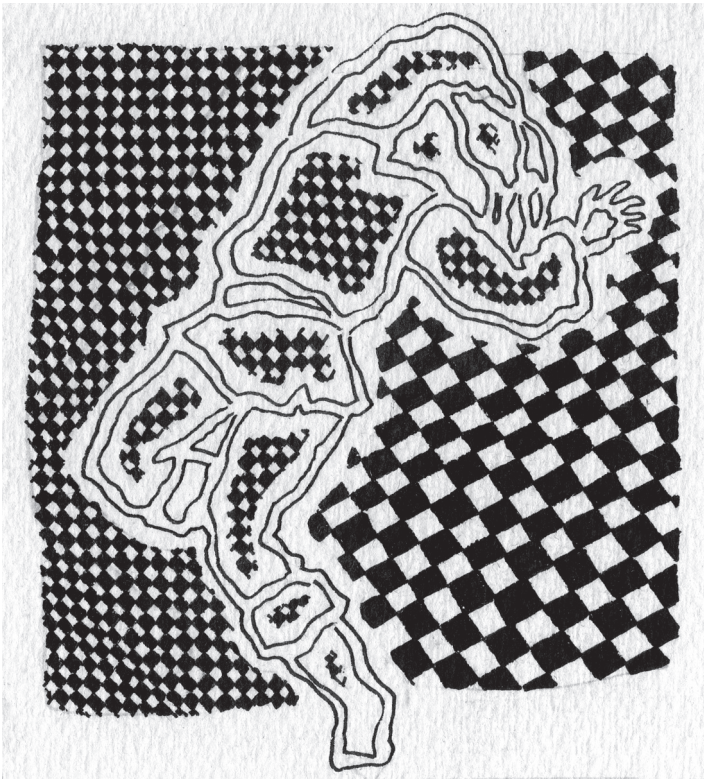
muchas veces a Calzadilla que algún día quisiera ser tan buen poeta como él, así para ello tuviera que plagiarlo o robarle, que es una forma de plagio más artístico.

Por ello, Horacio recomienda al poeta en su *Epístola a los Pisones* guardar el manuscrito hasta que estuviese medio olvidado, y luego, y solo entonces, corregirlo. A mí me parece que este libro lo tenía el poeta aguardado dentro y lo ha sacado para recordarnos la posibilidad de vida que aún tiene un arte tan degradado como la poesía.

Estos *Golpes de pala* recuerdan que "un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio*"(Antonio Machado), pero Juan no golpea la tierra, golpea el firmamento, como en ese "Temblor de cielo" acerca del cual escribió Huidobro, a quien también Calzadilla le pasó al paredón como un César Moro venezolano. Y hablando de Moro, vi en él una frase animal, tan humana… en las cartas que desde esta ciudad le escribía a Westphalen y que me recuerdan al editor que no nos quiere dar razón del libro de Juan; si la memoria no me falla la frase de Moro era: "pero de eso no hablemos, pues cuando pienso en ese cerdo del impresor me altero muchísimo". Haciéndole caso al peruano, sigo con los *Golpes de pala* sonando en mi memoria y no puedo más que pensar en la sensación con que finalizo la lectura, esto es si vivo en el mismo planeta de Juan Calzadilla. En cualquier caso, qué lejanos estamos de la luz de sus trópicos.

Larry Mejía
Ciudad de México, xxiv / i / mmxvi

* Frase a la cual alude Calzadilla en la entrevista que hicimos para la antología de El Techo de la Ballena que aparecerá en México este año (2016).



PAISAJE SIN LUGAR

Postal 1

La calle partida en dos por el puente de concreto en cuyo ángulo izquierdo hay un quiosco donde alguien tamborilea sobre el mostrador de vidrio empleando como instrumento de percusión un abrelatas.

Y tú, tú tan lejos en la ventana del edificio de enfrente desde donde atestiguas impávidamente.

Postal 2

La calle partida en dos por el puente de concreto cuyos bordes se inclinan a ambos lados del quiosco donde alguien tamborilea sobre el mostrador de vidrio empleando como instrumento de percusión un alicate.

Y tú, tú tan cerca en la ventana del edificio de enfrente, a punto de lanzarte.

La piedra y los perros

Yo nunca he sabido a ciencia cierta a dónde me dirijo. Naturalmente, para saberlo, debería haber confiado en esos asesores naturales que son la piedra y los perros, listos para convertirse, en cuanto me vieran, en ángeles custodios. Yo me negaba con todas mis fuerzas a dar un paso en falso. Cuando en realidad lo que debería haber hecho para hallar una salida era dejar que mi cuerpo rodara pendiente abajo. De manera de apurar el trote, es decir, cayendo desde la cima, casi en picada. De allí que me impusiera como meta no tener meta alguna, saltando los obstáculos para continuar fuera de la Ley de un último impulso cuyo código no estaba recogido en los archivos del alud.

Los automóviles forman fila india en medio de la calle

Estoy en el balcón y observo la calle sin poner en ella tanta atención como la que, por momentos, presto al jabillo que, sin haberlo yo advertido, ha crecido frente a la ventana. Miro los edificios y las plantas del jardín con el desapego de quien se ha familiarizado con ellos: el quiosco desde el cual flamean los titulares de la prensa, las revistas; la muchacha ocupada en vender los periódicos que el sol a esta hora decolora. El puente de pronto estremecido por el traqueteo de los automóviles que forman fila india en la calle, desde la cual los tubos de escape hipean mi nombre arrojando bocanadas de humo caliente como si la dificultad de moverse pudiera ser convertida en simulacro, en pedorrera…

Por todo el carril

Algunas veces me quedo parado esperando algo, pero no sé qué. Ni siquiera alcanzo a entender cómo pude haber llegado a este lugar en medio de una selva sin árboles, debajo de una mata de bucare, cerca de la estación del Metro. Es una situación cuya mejor manera de soportarla consiste en quedarse parado en seco, aunque no llegue a comprenderlo sino cuando me pongo en movimiento. Pero ¿para qué? Si tampoco sé a dónde voy.

De buena fuente

Permanezco mucho tiempo acodado en la ventana, en estado de alerta, con una mano agarrando el pomo de la puerta, listo para echar a correr. Pero apenas he entrevisto lo que ya conocía: un cielo por ahora libre de amenazas donde los pájaros anuncian su ausencia, tan invisible como los comienzos del tiempo. Esta limpidez sin duda contrasta con el lado oscuro del firmamento que se oculta en el reverso de la pantalla. Y mientras observo de nuevo el cielo alcanzo a oír un gran estruendo. La cortina de la habitación se ha desprendido de la cenefa, la casa tiembla. Es entonces cuando descubro que el cielo, ya sin máscaras, ha permitido que la tormenta engulla todos mis buenos cálculos.

Un metro cuadrado de sol

"Este es mi sitio al sol". He aquí, diría Pascal, el principio de usurpación de las tierras y de su desposesión en beneficio de los dueños del poder. Porque cada uno querría tener su metro cuadrado de sol olvidándose del que corresponde tener a los otros. Y cuanto más desmerecían ellos la tierra, mayor la posesión de ella. Hasta que con el tiempo ya no quedaban sitios al sol, puesto que unos pocos los habían usurpado por completo sin dejarles sitio a los otros.

Fragmentarista de mí mismo

Y en cuanto a mí, yo no encuentro la fórmula para adelantarme ni tampoco para retrasarme respecto a mí mismo. Estoy justamente en un punto intermedio entre mi retraso y yo. En un punto tal en que el fiel de mi balanza (formada por el cuello y mis dos brazos) no se digna a inclinarse hacia ninguno de los dos lados. En un punto tal en que, señores, yo no puedo dejar de ser yo mismo.

Así pues, no quiero encontrar en los hechos jirones, partes y trozos rezagados de mí mismo. Y sin embargo, no puedo dejar de ser fragmentario. En el mejor de los casos, todo me empuja a serlo. Y en primer lugar los hechos.

El precipicio no me intimida

El precipicio no me intimida, lo llevo cosido al alma como el sonido a su campana. No doy un paso en falso sin que de inmediato el abismo se abra en mi propio cuerpo, en mi mente en mis sentidos en mis acciones, sin que deje de rodearme por todos lados.

El precipicio dispone en mí de un ojo fino como el de la cerbatana que mira directamente al blanco sin apartarse un ápice del objetivo.

La voz a veces no me sale

La voz a veces no me sale. Pierde altura. Se niega a salir de la boca. Se atraganta en alguna parte del tubo de fonación, empujada hacia abajo por no sé qué émbolo parecido al lóbulo inferior de mi pulmón derecho, envuelta en su cascarón de palabras a medio decir. Como si la polea que la impulsa estuviera rota o fuera solo una pompa de jabón que cae al suelo deshecha.

Tal si nada a favor de la palabra en este mundo estuviera dispuesto.

La vara ciega

Llegado el momento de saltar, afino el paso, tomo puntería y consigno el punto exacto adonde voy a caer, la vista fija en este. Pero aún así no salto. Más bien verifico la probabilidad de efectuar el salto dentro de mí mismo, adoptando un ritmo pendular parecido al que precede a la pérdida de la respiración.

Si algo me impide intentarlo

¿Entonces para qué dar el salto? Si algo me impide intentarlo, paralizando en el aire mis músculos, es el hecho de constatar que antes de darlo ya su parábola externa está bien inscrita en mi mente. ¿Qué sentido tiene entonces describirlo en el trance en que, separada del suelo, mi figura lo dibuje en el aire si ya su parábola externa sin necesidad de intentarlo está bien inscrita en mi cuerpo?

Paradoja

Yo debería haber salido antes de partir. Eso me hubiera evitado hacer el trayecto. Y me habría permitido llegar a mi meta sin moverme del sitio de partida, justo en el momento justo en que partía y sin pérdida de tiempo.

En tanto el que avanza se olvida pronto del lugar que ha dejado atrás. El que retorna, en cambio, no puede estar de regreso si no recuerda el sitio donde antes había estado. Y esta operación lo vuelve sabio.

El espectador

He aquí un individuo bien informado. Tiene por cabeza un televisor. En los ratos de ocio, cuando su ojo no se vierte sobre sí mismo para formar una pantalla virtual, suele usarlo como asiento con el que se permite buscar sitio entre las ideas del espectador. Con frecuencia se desprende del aparato para colocarlo entre sus posaderas y el suelo siguiendo la costumbre de las aguadoras. El cuello le sirve de enchufe: es la conexión suprema. Pero si no fuese por el televisor no tendría cabeza más que para mostrar el lugar de donde le fue arrancada.

Su naturaleza es el nudo firme de la información.

El sueño de la escritura

En la mitad de mi sueño llegué a pensar que la tinta empleada para escribir era sangre. Pero lo escrito resultaba (en el sueño) demasiado borroso, no ya para descifrarlo, sino para saber si estaba escrito con sangre.

En realidad, la punción de la pluma en mi piel era la herida que ella abría en la página en blanco.

En realidad, la punción de la pluma en la página en blanco era la herida que ella abría en mi piel.

Oficio inmemorial

Muerdo el aire en falso. El bocado existe, pero no lo atrapo.
KIERKEGAARD

Lo que pido a la mano con que como es que esté en un punto equidistante entre mi boca y el bocado. Que pueda ir y venir sin que la boca se abra desmesuradamente ni el bocado se aleje demasiado.

Donde se reescribe la ciudad

Saliendo de casa después de una noche de celebración pública es cuando me doy cuenta de que el nivel más común de la escritura es la basura. Vean cómo extiende su caligrafía en bastardilla por todas las calles.

Allí está, contándole a los albañales el cuento de nunca acabar de todo lo que esta noche nos hemos tragado.

Extramuros

La impresión, andando por el campo, de que mientras más me alejo de la ciudad, más me siento observado por ella. He allí el origen conflictivo del cual, como de una placenta, se ha partido. Y al partir, doy los primeros pasos. Pero de regreso a la ciudad. La civilización no deja que el poeta se aleje demasiado hacia la barbarie. Lo tiene bastante atrapado en sus tentáculos. Y él, por su parte, se siente tan feliz en la madeja del caos que por más que lo ensaye no puede romper el hilo, ni con sus pasos ni con sus dientes.

Dicho de otra manera por Rimbaud: "La ciudad con sus humos nos persigue de lejos por todos los caminos".

Visa turística para ir a ver unas ruinas

Llegamos a un paraje donde hay unas ruinas antiguas. Están allí, en el espacio circunscrito, semejando una configuración de lo invisible: como no las vemos, su presencia se reduce a las palabras que, para describirlas, oímos de alguien que hace de guía y a quien tampoco vemos. Incluso podemos dar como un hecho que si las viéramos tampoco sabríamos decir que corresponden a lo que se nos explica de ellas. Todo como en la realidad.

Paisaje con ruinas

Por insensato que parezca, nada es tan impertinentemente grato como ver las ruinas del palacio desaparecer en medio de hojas y bejucas de una intrincada jungla. La naturaleza armoniza bien con el progreso, pero después que este ha pasado.

Entretanto, el paisaje que resulta de la mezcla en porciones iguales de lo que ahora crece y lo que, beneficiando a la naturaleza, desde hace tiempo ha muerto, garantiza paz a sus restos.

El indigente

Mis sueños a estas alturas han conservado entero su instinto de obrar. Y han permitido que lo que imagine permanezca en pie, sin nada que los frene para evitar que el horizonte urbano les arrebate su deseo de llegar y haga de mis pobres sueños tabla rasa. Para que no me falle esa puerta puntual que, sin pérdida de tiempo, al verme entrar a la ciudad, exclama: "pase, pase. Usted está llegando al infierno".

Caín

Los colores desaparecen bajo sus costuras. Los ojos lucen inyectados en sangre y descienden al lienzo para suplir a los ramajes de la tormenta que se avecina. Las jaulas han levantado vuelo pero han dejado que los pájaros sigan prisioneros. Hasta la tupida luz está lista aquí para abrir fuego.

Calle de un cuadro I

Una calle polvorienta, unas fachadas desteñidas, muros en ruinas. Gente que va y viene en todas direcciones, evitando aquí los charcos que dejó la lluvia, más allá el agua empozada. Y más atrás el monte obstruyendo el paso de una muchacha morena cuyos pies han sido cortados por el filo de la cañuela dorada.

Calle de un cuadro II

Una calle polvorienta después del aguacero. Un paisaje destellante bajo ramalazos de sol al mediodía. Gente que va y viene atravesando el encuadre, evitando aquí los charcos, más allá el escombro, en paz con sus conciencias. Y en medio, el sendero que interrumpe el obstinado monte a cuyos lados el terraplén cortado a pico ha sido diseñado para lucir su geometría. Y más acá, en primer plano los pies desnudos de esa muchacha morena cortados por el filo de la cañuela dorada.

Tácticas de vigía

La sombra de mi cuerpo mantiene tales ventajas respecto a mí mismo que necesariamente me veo precisado a tener prudencia a la hora de confesar mis tácticas de vigía. Cualquier forma de afrontarla adquiere por su naturaleza misma carácter de estratagema. Ella entra inmediatamente en posesión de mis razones. Se diría que las adivina. Es más: llega sin dilación al toque de acceso a las vislumbres, a ese punto en que no me sería dado mancillarla en mí mismo, de un solo manotazo. Aún así goza de ventajas para cruzar los mares y lanzar antes que yo el grito de tierra. La sombra me gana siempre la partida. Basta con que, sutilmente, ella persevere en su hábito de ir siempre a rastras para que de ese modo se torne imbatible.

Bagdad

Las láminas de un viaje en las que todavía se puede soñar no habitan ya los cuadernos de poesía. Hay que hojearlas en otra parte. Tal vez en ciudades en las que nunca estuvimos, borradas como fueron del mapa por los disparos de misil.

O debajo de una piedra que todavía comprime la hoja de un periódico viejo, no lejos del sitio donde acaba de detonar la bomba.

O en los sueños de los que continúan convencidos de que la poesía es un género efímero.

Indicios

Las hojas que caen del árbol pueden ser indicio de cualquier cosa.

Tan pronto una ráfaga de viento las arranca podría llegar a pensarse que ha habido en esto una falla de la naturaleza o el descuido de algún dios.

Pero también podría sacarse en claro otra conclusión, como encontrar una causa de mayor peso en el hecho de que haya ocurrido, una cuadra más allá, una tremenda explosión.

Los bárbaros

Nuestra marcha no era clamorosa. Carecía de la unanimidad sonora del aplauso. Se diría que no tomábamos en serio el hecho de saber que había que pisar fuertemente. Y no porque no avanzáramos en bloque, cual menudo río siguiendo machaconamente su curso en forma de ejército disciplinado pero hambriento, que acata por última vez la orden de camuflarse. La marcha era distinta a nuestro deseo. No hacía una sola causa con el fin propuesto. Se había convertido en el medio para llegar a este. Y esto fue el comienzo de nuestra perdición.

Autopista central

La autopista tiende a hacer del paisaje una forma básica. No solo por la isometría que va tomando forma frente al parabrisas, fijamente recortada hacia adelante, con su fluida persistencia modular, que escapa por el aire con un chasquido de látigo, sino también y, en primer lugar, por lo que la velocidad uniforme logra abstraer a ambos lados del automóvil, allí donde el paisaje se esfuma como alma que lleva el diablo.

Anomalías de la visión

Comprendo mi dificultad para redondear la visión a causa de que, cuando voy a ver, cada uno de mis ojos se sitúa en un peldaño distinto, más arriba o más abajo del otro, con respecto a lo horizontal de la mirada. Casi nunca ellos coinciden en transmitir la imagen enfocada desde un punto de vista compartido por igual. No. Porque el deseo de independencia de cada órgano está en armas. Se satisface en una guerra declarada contra todo principio subordinador.

La derrota

Siempre estoy listo para librar la batalla en otra parte, no en mí mismo. En definitiva, en el lugar más conveniente a las tácticas del otro, y hasta si se quiere en el terreno que este ha elegido. Yo sabía que todas las batallas donde se pone en juego el resto son a muerte, incluso las que no se libran. Pero si no me había sido dado escoger entre la lucha corporal y el armisticio, ¡cómo no haber pensado que hubiera podido al menos elegir el lugar de combate! Pero también este recurso me fue negado, y no por el otro, quien confiaba ya en su triunfo, aun antes de alistarse, sino por mí mismo.

Si hubiera podido disponer de mi vida como de un arma. Si hubiera sabido que mi existencia era el cuartel en disputa, porque había que pegar duro con los cuerpos, y esto tampoco lo sabía.

Al paisaje ahora le toca llevar la cruz

Los edificios van posesionándose del paisaje sin ser llamados, y contra el deseo del paisaje. Una vez que lo invaden, es el paisaje el que para hacer acto de presencia necesita ser invitado.

En cuanto al paisaje –reclaman los edificios–, preferimos mantenerlo a raya. Que se comunique por un sistema de luces, señales y altavoces, por encima de azoteas y antenas, desde las cercas electrificadas que le hemos sembrado en torno, pero que no se acerque demasiado. Por algo le estamos ganando la guerra.

Cuando, puesto en guardia, el paisaje se rebela e inicia una contraofensiva, el ejército de edificios le sale al paso, saca a relucir su armamento pesado, sus bulldozers caterpillar, tractores, escrituras notariadas, los ingenieros y sus métodos de encofrado rápido, sin faltar los gerifaltes de turno.

En general, si en algo se le reconoce autonomía al paisaje es cuando está bien lejos de las ciudades, en la selva, es decir, cuando no le ha llegado la hora. No falta quien piensa que con el paisaje no hay que entrar en diálogo. Sencillamente que se ordene entrarle a saco, preferiblemente al amanecer, para no perder el día y cuando del tierno verdor de las hojas ya se desprenda, para no regresar, el bello rocío. Y croan las ranas.

—Traigan pronto la gran cruz de madera –grita el operador-jefe–. Ya hemos encontrado el sitio donde irá El Calvario.

Y muestra el paisaje crucificado.

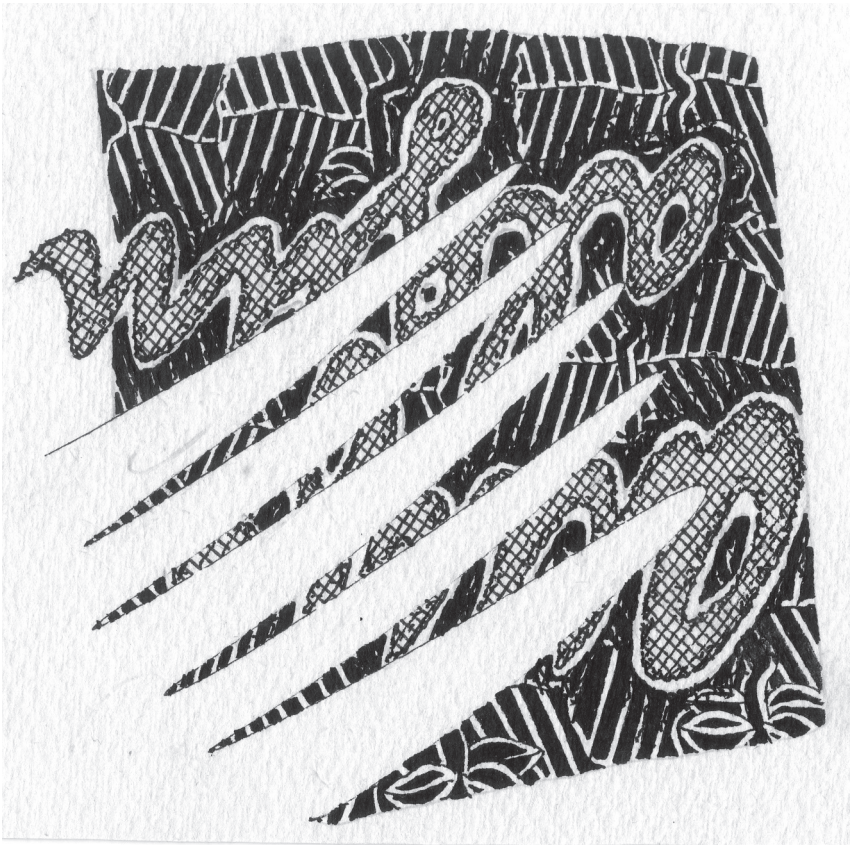
Los trabajos de Sísifo

Una vez que ha caído la piedra, Sísifo no tarda en presentarse en el fondo del barranco para ocuparse de alzarla y conducirla de nuevo al punto de la montaña desde donde, una vez colocada, la deja caer nuevamente. Esta operación no contradice la decisión de Sísifo de volver al fondo del barranco para alzar la piedra, subirla y dejarla caer nuevamente todas las veces que el mito lo requiera.

Lo que Sísifo hace es reconocerle a la roca la condición de ser siempre ella misma. Pero necesita comprobarlo.

No obstante, se hubiera sido más justo con él ofreciéndole una escalera corriente, con la promesa de que, después de todos sus trabajos, más adelante, se le proporcionaría una mecánica. Así hubiera subido y bajado la piedra más a gusto.

Y aunque no falta quien piense que si a Sísifo le hubiéramos suministrado una polea no se hubiera hecho tan famoso.



PRECIPICIO SIN BORDES

La ventana sagrada

El vecino del siete una vez vació su alacena y como a las 8 de la noche lanzó los alimentos por la ventana: pollos congelados, trozos de carne, latas de sardinas, atún, pastas, bolsas de granos, y el suceso fue divulgado en la parroquia como la proeza de un buen samaritano. Los indigentes se agruparon y a partir de entonces gritan a las ocho de la noche: "Carne ven a mí, carne ven a mí".

Y no solo ellos acuden a la cita, también van los perros callejeros y algún otro misionero, hambriento y perdido. Todos llegan puntuales y se quedan de pie mirando hacia la ventana sagrada.

Traición de bruces, como si el punto de llegada fuera el pavimento mirado desde un séptimo piso. Los perros se toman la molestia de babear el charco de sangre y no abonan nada por presenciar esta comilona. Se relamen de gusto y ni siquiera sus lenguas le dan importancia al lamer de los otros. Su erotismo es cosa de empalagarse. Yo no me meto en eso, dice el conserje del edificio. ¿Por qué tendría que pregonarlo a gritos?

En el piso está mejor el perro acostado de bruces. Las patas traseras embutidas debajo del cuerpo esponjoso, despercudido de pulgas. Ni Lalo se hubiera dado cuenta. Afinaría los detalles por si acaso, antes de entrar en escena y pasaría de largo. Cuéntaselo.

En el periódico salió un reportaje: "Llueven alimentos en el centro de Caracas". Pero jamás mencionaron las tripas del perro, tal vez porque estas también llovieron y fueron absorbidas por los charcos de agua. En todo caso se trataría de una cena en familia.

Malos tiempos

Ya viene la Semana Santa, ese tiempo en donde las capillas parecen explotar de velas encendidas y licor de manzana. Quizá sea hora de considerar la santidad como profesión y que cuando alguien pregunte a qué te dedicas, uno responda: "Soy santo", "trabajo como santo" o "busco trabajo de santo". Quién sabe, seguramente también será difícil conseguir empleo de santo. ¿Y cuáles serían los requisitos a poner en una oferta de trabajo llamativa en el diario de avisos: "Santo graduado con 5 años de experiencia, atractiva presencia y pene de siete centímetros en su mínimo" –ni de eso se salvan los santos. Ahí culminaría el anuncio y así me ahorraría la verborrea de tener que decir que soy honesto, puntual, responsable, etcétera, pues se supone que de eso trata la santidad ¿o no?

Retrato de un artista moderno

Usted procura expresarse utilizando el deterioro. Vea: los marcos de sus cuadros están careados por la polilla, incompletos, rotos, y además compruebo que usted pinta vírgenes y ángeles sobre postigos desvencijados y tablones carcomidos, babeados por la lámina marina y recogidos en las playas junto a excrementos de tortuga y vértebras de ballena. Advierto que esos trozos antiguos han raspado la historia y pasado por el filo de muchas manos después de haber sido bellos objetos adornando el altar mayor de una iglesia románica. Objetos a los cuales la lengua del tiempo ha cubierto con una costra verde como el cobre roído por el agua salobre de los siglos. Advierto en su taller cajas de madera como ataúdes adosados a un osario, a manera de restos del naufragio que depositó en la playa mascarones a los que solo la sabiduría de un arconte hubiera podido llevar a puerto seguro.

El sabor de la lechuga

Él dijo que le gustaba el sabor del césped porque lo encontraba parecido al de la lechuga. Y era así porque cuando comía lechuga le gustaba por parecerle que sabía a césped. Encontraba entre una y otra planta solo una diferencia de color, pero esta diferencia no determinaba ningún grado de diferencia entre la pobreza y la riqueza. Por el contrario, el que come lechuga sabe que todos los demás sabores son tolerables.

El gramático depredador y su cátedra erótica

Puedo imaginar que estas muchachas son mis juguetes y que las tengo en mis manos para mover los hilos secretos de sus destinos, del mismo modo que dispongo de la voluntad de ellas para que sigan fría y fielmente, punto por punto, mis prédicas sobre la escritura. Al final, todas se librarán de mí y harán con su tiempo lo que les venga en gana. Abandonarán la literatura para privilegiar sus sentidos.

Entretanto, dispondré de ellas y me será fácil pasar del papel a la cama, y todas, todas por un momento, antes de ser de otros, serán mías.

Editor de crepúsculos

En esto estoy bastante claro: en el hecho de que para comprobar la belleza del crepúsculo solo necesito que esté bastante cerca de mí, a tiro de ojo. Así podré fotografiarlo, visible e inmovilizado, en el instante real en que es descubierto por el flash de mi cámara. Igual que en una foto los jirones de una puesta de sol o la sangre que corre desde la herida en un cuadro de crucifixión del Greco.

Qué importa que sea efímero ese crepúsculo, si ya estará aferrado. Y que no haya *replay* posible para que la misma imagen pueda ser fotografiada por un competidor del ramo. Que sencillamente ignore yo si está a mi alcance o se ha alejado tanto que su desaparición instantánea no hará mella en mi deseo de fotografiarla. Y esto también me tiene sin cuidado.

La plana del escriba

Actúo como si no tuviera nada a que aferrarme salvo la mesa donde escribo todo el día. Pongamos por caso que yo sea un escribiente, entonces debo confesar que todo el trabajo que realizo lo hago con la finalidad de sobrevivir. Pero esa sola razón no basta para que me sienta satisfecho. Debería proponerme una tarea mayor, como la de un Balzac que hubiese tenido que empezar su novela mil veces a partir de la primera frase que aún no ha logrado poner en el papel porque, por más esfuerzo que hace, no le sale de su imaginación.

Ahora lean esta noticia

Se arrojó al abismo desde el viaducto como quien atribuye a la mirada la condición material de un objeto. Y en la caída dio en el blanco con su cuerpo solo por esta única vez en que apareció en el periódico la noticia:

El viaducto cobra nueva víctima

Le vieron lanzar al vacío
su boina verde
y después observaron
cómo el cuerpo cayó
detrás de ella
y cómo, luego, el cuerpo
pasó a la boina
y llegó primero*.

* Noticia publicada en el diario *Frontera*, Mérida, 1992.

Yo, el sujeto hiperquinético

El hiperquinetismo es expresión ubicua del afán de conocer. Solo que, como los estados de alma, se va en vicio. Yo a veces me he abozalado y me he dicho, apuntándome con el índice de mi mano derecha, como si esta fuera una pistola: "Vamos, estate quieto. Tranquilízate". Y me he mostrado una silla. He necesitado, yo mismo, amarrarme a la pata de una mesa. Pues una mesa y una silla son para el hiperquinético lo que la cruz para el diablo.

Dios, haz que no pueda llegar a decirme:
—"Cada vez estoy más lejos de todo y más cerca de nada".

Cuánto duele

¿Cuánto te duele que la cucaracha corra alocada desde una rendija en la pared y venga a morir de rodillas frente a ti, sobre el piso de la mesa donde, con aire triunfal, la esperas armado con un rociador de insecticida? Ponte en el papel de ella y empieza ya mismo a bailar esa especie de danza macabra en que la has convertido, tú, tan correcto, noble y servicial.

¡Hipócrita cazador, mi semejante, mi hermano![*]

* Paráfrasis de un verso de Baudelaire:
"—Hipócrita lector, mi semejante, ¡mi hermano!",del poema "Al lector" en *Las flores del mal*.

EL INDULTO

Cuando la Gran Estatua se atraviesa en mi camino

En el centro de la plaza tomo aliento, me empino y, haciendo de mis manos caja de resonancia para superar con mi voz la altura del pedestal, increpo a la Gran Estatua:

—¿Por qué generas tantas expectativas en nosotros con la sola presencia del mito que representas? ¿Por qué esa soberana incapacidad para entender que es una ilusión suponer que podrías prestar un gran favor a nuestra pobre causa? ¿Por qué no desengañarnos de una vez y terminar por descubrir (y enrostrártelo) que no puedes hacer nada por nosotros (ni por ti)?

Del heroísmo

Se lleva la mano al pecho en el mismo instante en que recibe la bala, como si, cómplice de esta, se propusiera simultáneamente tapar con ella la herida. Gesto autónomo y en sí mismo gratuito, pero al mismo tiempo importante para el cuadro, puesto que con él identifica el pintor la causa de la muerte del héroe en el campo de batalla. Y, además, el gesto conmueve, atrae la mirada del público. Y, de paso, vuelve al personaje inmortal (en el cuadro).

El momento en que con la rapidez del caso la vida necesita ser librada como una batalla debería llevar implícita la consideración de si vale la pena.

Sobre la tragedia

La ocultación del secreto es lo que hace grande al personaje de la tragedia moderna. El personaje de la tragedia griega, en cambio, no tiene que esconderlo. El secreto ya es sabido. Y en primer lugar lo saben los dioses. Lo que hace la grandeza del personaje de la tragedia griega es que son los dioses los que van a revelarle el secreto. Y en la revelación de este consiste justamente el destino trágico del personaje.

Bombas en racimo

Las certezas están sujetas a un escrutinio que, según los teólogos, verifica la providencia. Otros en cambio piensan que este escrutinio está sujeto a lo que, con miras a su fe en la ciencia, determina la racionalidad. Pero hay quienes creen que el juez al que todo escrutinio queda finalmente sujeto es el dios azar.

La salud del cuadro

Es obvio que entre los antiguos maestros la sensación de plenitud, de llenura de los cuerpos, tenía que ver más con la plasticidad del efecto buscado en la pintura misma, que con el ideal de belleza de la época, aun suponiendo que este ideal hubiera podido ser tan importante para ellos como fue para Rubens o Jordaens, por ejemplo, el prototipo de gordura femenina en el cual se refocilaban, como en un lecho, sus pinceles de genios. Y sin embargo, ¡cuán grosera esta desnudez peripatética, expuesta como símbolo de la salud del cuadro!

Y de allí el carácter macizo e imponente de sus retratos.

El reino de los otros

Es cierto, ya la prisión estaba en él antes de advertir que podía ser condenado a ella. No necesitaba más que de la certeza de sus manos abiertas como una reja delante de su rostro para darse cuenta de que ya estaba detrás de esta. La prisión era, en su caso, una forma de conservar su integridad física, de sentirse seguro y directamente aludido por sí mismo, como una unidad cerrada e indivisible alrededor de su cuerpo, más allá del cual comenzaba la libertad que le estaba vedada: el reino de los otros.

A diario tengo que rendir cuentas

En ninguna circunstancia pueden reprocharme el hecho de no estar listo. Estar listo es un estadio remoto o una orden urgente que no me exime de la inmediatez de una respuesta que consiste en mí mismo.

La preparación para la acción de estar listo es mi tarea diaria y la cumplo porque sé que, aunque nadie me pida rendir cuentas, necesito decir "presente" en la jugada con que muevo cada una de las fichas del tablero de mi cuerpo

hacia adelante o hacia atrás.

Las preocupaciones

Cuando le das vuelta al problema, el problema gira contigo al mismo tiempo para mostrarte siempre, como la luna, la misma cara. Y no solo eso, sino que suele ser el problema el que gira alrededor tuyo, como si tú mismo te hubieras hecho objeto de las cavilaciones del problema, y no lo contrario.

Se ve a leguas que revives el problema y multiplicas sus giros en la almohada, ocupándote demasiado en darle cuerda.

Y ahora, ¡ay!, él te paga con la misma moneda.

Su calentera el sujeto la paga con las cosas

—Tu odio a la ciudad se debe a que haces de ella el espejo donde te miras.

—No, doctor. Fíjese en lo que pienso de la maldita ciudad. Es un lago estancado donde estamos obligados a caminar con el cemento al cuello. Es la ciudad la que me odia por yo opinar de ella de esa manera. ¡La ciudad no ha hecho por mí nada que pueda moverme a decir que soy su hijo!

Y le da una patada a la mesa.

Performance

Argumentos para considerarse artista no le faltan. Pues basta con que se lo crea él mismo para tener, según Duchamp, derecho a serlo, con razón o sin ella. Y esto sí que tiene peso. Traten de convencerlo de que lo que hace, en contra de sus convicciones, no es arte. Y les responderá: "Las condiciones las pongo yo. Yo soy el artista. Yo decido. Espero que no tenga necesidad de emplear la fuerza".

Y en el centro de la sala desenfunda un arma.

El origen

Tengo que suministrarme un origen. Un origen que no sea aquel del cual provengo, ni al que aspiro. Ni siquiera el que merezco. Un origen que como el futuro esté adelante, silencioso y desprevenido. Un origen no consagrado por las leyes ni condicionado por los dioses. Un origen que no mire para atrás. Que no luzca en la fachada de un templo ni en los destellos de un agujero negro. Un origen que me garantice que, por fin, admito que comienzo a ser lo que soy.

El sendero que soy

Las decisiones más importantes de mi vida no las he pensado. Y hasta se podría decir que han sido ajenas a la previsión de un resultado que, por la fuerza del azar que las impulsaba, fue mejor que si las hubiera meditado.

Pero también yo encuentro que si me aparto por decisión propia de un camino que antes había trazado y que, de cierta manera, había hollado con mis pisadas, es para retomar otro que ya creía haber dejado bien atrás, y que no es sino el mismo camino.

La realización se queda en el sendero que conduce a ella. Es el proceso lo que cuenta para el que, como Ulises, disfruta más del viaje que de haber llegado a la meta.

Cuento de nunca acabar

A través de la ventana, al amanecer, el poeta recibe el saludo emocionado del sol, y exclama:

Es un extraño coraje
el que me das, astro remoto,
brillando solitario sobre la ciudad
¡con la que nada tienes que ver!

Y comprueba el poeta, teniendo a todo el rebaño de puentes por testigo, que el viejo sol todavía alumbra. Y sale a la calle gritando:

No hay como cuando no se tiene ningún
pretexto para ser feliz. El pájaro que canta no lo tiene.
Esta debería ser mi consigna aunque no la cumpla
pues siempre me sentiré
tentado a escribir bobadas que a nadie
ni a mí mismo hacen feliz.

SOMOS LOS HIJOS DE UN DISPARO

El desasimiento como estética

He allí la estética del que, sin tiempo para huir, está a corral por medio de los depredadores a sueldo.

El desasimiento de aquellos en quienes la madera del mango de agarrar el látigo cruje en sus manos como si estas fueran hechas de cartílagos de tiburón expuestos al fuego de una pesadilla.

El desasimiento al fondo de la esclusa bajo cuyo sonido la cadena da la orden de liberar los depósitos de las letrinas o la voladura de sesos imaginada por quien en ese momento fatal exhibe una bolsa de acetileno atada en el cuello, en medio de la bañera.

El desasimiento de aquel para el que de nada vale desconectar el reloj de tiempo sincronizado con el artefacto abandonado en un portafolio.

El desasimiento de los amantes a causa de la bifurcación de sus cuerpos, unidos por la ensambladura de los sexos de una pareja de perros.

El desasimiento tras el siena de la tierra escarbada a pico de botella junto al botón de la rosa de montaña destrozada por los golpes de pala.

Big Bang

He aquí una variante cosmogónica del "nadie desciende dos veces al mismo río": —Nunca vemos dos veces los mismos cielos. Ningún lugar está fijo o detenido en el espacio, prendido como quien dice por el broche de una estrella. Tampoco la elipse donde gira el planeta deja de moverse, desplazada infinitamente por la onda expansiva de la explosión hacia los costados de lo ignoto. Los cielos que vemos son siempre distintos ciento por ciento. Como nosotros y como el río, están para siempre condenados a mostrar a cada instante una cara nueva.

Somos los hijos de un disparo.

El lugar de la imaginación

Hay oportunidades en que se desea que el tiempo pase velozmente, y otras en las que oramos para que se detenga en el acto. También hay naturalezas más precipitadas que otras, individuos que quieren sacar de sus casillas al tiempo, empujándolo hacia sí mismo, en provecho propio. Pero todo se hace depender de las circunstancias, aunque de estas no dependa, pese a nuestros deseos, que el tiempo tenga su velocidad propia y que la condición que nos pone para presentarse sea justamente permanecer fijo, sin tener nada que ver con las velocidades de otros ni rendirle a nadie pleitesía.

II

Y es porque el tiempo siempre está en un umbral indeterminado de lo no acontecido, a punto de entrar en el acontecer. Y es en ese umbral donde ocurren las historias de este libro, es decir, en el lugar de la imaginación. Un umbral en donde podemos reconocer al tiempo como tiempo, es decir, en cuanto es promesa de sí mismo. En lo que el tiempo llega a lo acontecido a través de los peldaños del instante que lo arrojan al presente, deja de ser tiempo para convertirse en pasado. O en otra pesadilla.

La nostalgia

Hay que decir que con la nostalgia no solo aludimos a la dicha de los tiempos idos, sino también a la felicidad que no se recobra porque no se ha conocido. O porque no se ha vivido lo suficiente para experimentarla. Hay así una nostalgia del infortunio y una nostalgia del éxtasis por las ilusiones equivocadas que una vez se abrigaron en el amor o en el éxito de la poesía y que al final terminaron, sin quererlo, por hacernos solidarios del desastre o de la insensatez que con la mejor intención, en su momento, aplaudimos.

La escalera y el deseo

A

Ve, toma la escalera y ponla aquí. Quiero sentir que puedo subirme hasta el último peldaño.

B

¿Cómo? Si no tiene último peldaño. Termina donde comienza la realidad. Quiero decir, a ras de ella misma, como el horizonte atronador.

A

Ahh. Sin último peldaño. De todos modos me subiré. Quiero ver los cielos límpidos. Quiero ver la ciudad, si es que de la ciudad algo tolerable queda. Me montaré sobre mi deseo de subirme. Aunque este carezca de punto de partida por estar hecho de aire. Veré el cielo de Sor Juana Inés, veré las nubes de Goya con sus nombres escritos debajo. Veré el grito de Triana.

B

¿Y si careciera de respaldo y si careciera de punto de apoyo, de parales, de patas, de travesaños? ¿Y si estos se hubiesen ido de paseo, cansados de esperar al borde del deseo?

A

Entonces, entérate. Ya habría dejado de ser una escalera. Una escalera, de acuerdo con su nombre, no le hace el juego al horizonte. Imagínate unos rieles que de pronto ascendieran…

B

¡Es pedir demasiado! Si quieres subir, haz peldaño de ti mismo. Las escaleras se escaparon para transformarse en rectángulos demasiado estrechos, como los ataúdes. Lo que antes nos impulsaba ahora nos enmarca. Los travesaños se han convertido en los barrotes que nos retienen. No podemos renunciar a la tierra.

La provincia del hombre

La provincia del hombre es él mismo. Los ríos afluentes son sus piernas cuando todavía puede caminar. Sus hombros son las montañas que destilan hacia los cauces ríos de sudor. Sus brazos, las aspas del molino de viento al que no pudo vencer. Su pensamiento, los truenos de la tormenta que agita a su mente. Su capital, el ombligo.

El grito

El grito no necesita ser explícito. No se le pide que razone. Basta que tenga confianza en sí mismo. Y la fuerza de convicción de un golpe. Y que, sin protestar, se preste a ser arrojado como un disparo destinado a dar en el blanco, cerca o lejos, no importa.

Pues, ¿qué haríamos con un grito que solo fuera autónomo? ¿Un grito cuya punta en forma de filo de vidrio roto solo alcanzara a llegar a un campo de flores?

Mandamientos sin fe

El fuego en la pradera dice: "El mandado está hecho. Ya no nos queda nada por arrasar. El terreno luce pelado, listo para alojar un mundo nuevo".

El guardabosque, que antes compartía con uno su felicidad, ahora vigila el bosque de edificios con la saña propia del que aprieta en sus manos una carabina, listo para disparar.

La libertad

La evasión del pájaro no presupone la existencia de la jaula. Ni la llave se asocia a la cerradura por el hecho de que la puerta esté cerrada.

Tampoco el pájaro requiere que se mencione la jaula para que piense en la fuga por el hecho de que está dentro de ella.

Basta que esté ausente y vuele lejos a sus anchas ocupando en el cielo el sitio en el cual para estar presente necesita solo que se haya escapado.

El gusto de lo fragmentario

Lo peor que le puede ocurrir al gusto de lo fragmentario es que, para definirlo, alguien desde la cabina del *jet* de pasajeros prorrumpa en gritos para anunciarnos la explosión en pleno vuelo del *jet* en que volamos.

—Por favor –respondo–, no quiero sacar de mi condición de transeúnte de la escritura una zambullida en traje de buzo al fondo de los paraísos de aluminio chamuscado. A mí que me dejen en tierra. Aunque sea a ras de los basureros.

No puedo dejar de salir disparado en fragmentos desde todo lo que me empuja a ser un trozo de ellos. Y en primer lugar desde las palabras.

Zapato recobrado para una biografía intervenida

La identificación confiada a las huellas digitales, al parecido, a la escritura, a la necrología, al porte de armas y a los gestos, cuando se trata de comprobar que alguien ha existido, nunca fue más cuestionada y expuesta al ridículo que cuando, sustraído de todo intento de volverlo funcional y representativo, se recurre al zapato como a una obra de arte o, mejor, como a un instrumento identificatorio de la memoria, capaz de librarse de esta para detentar en sí mismo una presencia autónoma, guerrera.

Independizado, el zapato se convierte así en expediente carnal, fetichista, perezoso y seductor bajo el reluciente envoltorio de su milagrosa piel, cual objeto recobrado cuya dignidad, antes relegada a las ceremonias y al lustre de las farsas y de la comedia humana, se entrega ahora intacta en el objeto de arte que queríamos hacer de nuestras vidas y con el que soñábamos. Alter ego enclaustrado en su horma y revivido por los tatuajes, aderezos y cortes practicados en su piel por el artista mismo que lo portaba, el zapato retoma aquí la dimensión del sueño y el lugar de la memoria, como si se le destinara a una biografía intervenida para la que nada de lo que contribuye a resaltar su presencia resultara extraño.

Por eso, la sacralización que lo hace objeto de fascinación socava en el zapato toda vulgaridad y todo lo que por resultarnos demasiado íntimo o intruso, como una prenda de vestir, destinábamos a la depredación de los basureros. Pero no. Lo hemos recobrado. Hemos hecho del frágil zapato la nave de un culto que, elevándonos sobre los terrores diarios, nos conduce por fin al reencuentro de la magia.

No hay como cuando

No hay como ese momento en el cual puede evitarse que las cosas sucedan:

Para que los acontecimientos no se descarrilen.
Para que el planeta hile solitario su curso hacia el hondo plánctum de galaxias.
Para que el tiempo pase sin tomarnos en cuenta.
Para que el río desbordado no pierda ocasión de arrastrarse.
Para que la bella frase deje de girar sobre sí misma
se debilite y se suelte.

Y es cuando se muere.

ÍNDICE

Una lectura a *Golpes de pala* 7

PAISAJE SIN LUGAR
Postal 1 15
Postal 2 16
La piedra y los perros 17
Los automóviles forman fila india en medio de la calle 18
Por todo el carril 19
De buena fuente 20
Un metro cuadrado de sol 21
Fragmentarista de mí mismo 22
El precipicio no me intimida 23
La voz a veces no me sale 24
La vara ciega 25
Si algo me impide intentarlo 26
Paradoja 27
El espectador 28
El sueño de la escritura 29
Oficio inmemorial 30
Donde se reescribe la ciudad 31
Extramuros 32
Visa turística para ir a ver unas ruinas 33
Paisaje con ruinas 34
El indigente 35
Caín 36
Calle de un cuadro I 37
Calle de un cuadro II 38
Tácticas de vigía 39
Bagdad 40

Indicios 41
Los bárbaros 42
Autopista central 43
Anomalías de la visión 44
La derrota 45
Al paisaje ahora le toca llevar la cruz 46
Los trabajos de Sísifo 47

PRECIPICIO SIN BORDES
La ventana sagrada 51
Malos tiempos 52
Retrato de un artista moderno 53
El sabor de la lechuga 54
El gramático depredador y su cátedra erótica 55
Editor de crepúsculos 56
La plana del escriba 57
Ahora lean esta noticia 58
Yo, el sujeto hiperquinético 59
Cuánto duele 60

EL INDULTO
Cuando la Gran Estatua se atraviesa
en mi camino 65
Del heroísmo 66
Sobre la tragedia 67
Bombas en racimo 68
La salud del cuadro 69
El reino de los otros 70
A diario tengo que rendir cuentas 71
Las preocupaciones 72
Su calentera el sujeto la paga con las cosas 73
Performance 74

El origen 75
El sendero que soy 76
Cuento de nunca acabar 77

SOMOS LOS HIJOS DE UN DISPARO
El desasimiento como estética 81
Big Bang 82
El lugar de la imaginación 83
La nostalgia 84
La escalera y el deseo 85
La provincia del hombre 87
El grito 88
Mandamientos sin fe 89
La libertad 90
El gusto de lo fragmentario 91
Zapato recobrado para una biografía intervenida 92
No hay como cuando 93

Edición digital
noviembre de 2016
Caracas - Venezuela

Juan Calzadilla

(Altagracia de Orituco, 1931). Poeta, artista plástico, ensayista, crítico de arte, editor, curador de artes plásticas, periodista y museógrafo. Hizo estudios de Letras y Filosofía en el Instituto Pedagógico de Caracas y en la Universidad Central de Venezuela. Se inició en el periodismo y la crítica de arte en 1955. En 1973 coordinó la primera edición del *Diccionario de Artes Plásticas en Venezuela*, publicado por el Inciba. En 1974 fue nombrado director del Museo Emilio Boggio, y en 1976, al crearse la Galería de Arte Nacional, se desempeñó como subdirector y asistente de la dirección hasta 1979. Participa en la fundación del Grupo Apocalipsis, de tendencia surrealista, en Maracaibo. Es miembro fundador de El Techo de la Ballena, grupo de vanguardia que repercute de manera significativa en la actividad literaria y plástica durante la década de los sesenta. Ganador del Premio Nacional de Cultura de Venezuela 1996, Mención Artes Plásticas Ganador del Premio de Poesía León de Greiff, 2016.

Golpes de pala representa un nuevo giro dentro de la copiosa obra poética de Juan Calzadilla, en la cual los temas del absurdo, la ironía y el sarcasmo son una constante. Estos elementos, tomados en conjunto, configuran una particular poética existencial del ser urbano contemporáneo. Maestro del poema en prosa, en *Golpes de pala* se condensa su distintivo estilo literario, directo e imaginativo, revulsivo y cuestionador, con elementos del automatismo psíquico, donde la cotidianidad vista con ojos de asombro es uno de sus rasgos destacables. La obra de Calzadilla lo ubica entre los más influyentes poetas latinoamericanos modernos, y en este nuevo poemario se confirma su ascendencia dentro de las nuevas generaciones de escritores.

COLECCIÓN
POESÍA VENEZOLANA
SERIE CONTEMPORÁNEOS

9 789801 435389

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1816-2016 PATRIOTAS UNIDOS SABEMOS VENCER